

TREGUA navideña

Iván Medina Castro

Escritor

*«Alzaos, serbios, los albaneses nos arrebatan
Kosovo», y a los aedos albaneses salmodiar:
«Levantaos, albaneses, Kosovo se lo queda el eslavo.»*

Ismaíl Kadaré

A la Ex-Yugoslavia

Relataré hechos que posteriormente los libros militares referirían como “La Tregua de Navidad”. Aunque, pregunto: ¿podré confiar en la memoria y no deformar los acontecimientos?

Bajo la sombra de un periodo tormentoso, las diferencias entre eslavos extendían su mortífero embate a través de la cordillera de los Balcanes. Yo, Stefan Dusan, cabo segundo, en cumplimiento de mi deber ante el ejército Duklja, en uno de esos combates sin sentido, hacía guardia dentro de una trinchera. Objetivo idóneo para incrementar el panorama mortuorio de ambos lados de la colina. Aunque no tenía miedo de estar en esa posición, pues meses antes se había firmado un acuerdo de paz entre los beligerantes.

El acuerdo Zeta –nombre elegido por combatir en las llanuras donde se asentó el baluarte de la Gran Serbia antes de ser sometido por el Imperio Otomano–, en principio, tuvo que suspender las hostilidades durante el ocaso del sol, y continuar con el combate al visualizarse los primeros rayos del alba. A razón de atender a los heridos en batalla y retirar a los cadáveres del campo de lucha, con la intención de evitar el surgimiento de enfermedades infecciosas, además de otorgar un trato digno a los caídos sin importar la religión. Se había alcanzado una negociación fabulosa. Arrojarle pecho tierra, y tener a lado el cuerpo putrefacto de un compañero devorado por aves carroñeras era aterrador. Al paso de

los días, hubo la necesidad de agregar una cláusula al acuerdo Zeta, ya que sus muertos y nuestros muertos se hacían irreconocibles. Nadie fue capaz de distinguir los cadáveres expuestos a las granadas o a las minas antipersonales.

La nueva cláusula ayudaría a identificar a los muertos en batalla. Así, en respeto a la usanza, se izó la bandera blanca y se hicieron sonar los cornetines. Por segunda ocasión, se negociaba con el enemigo. Fue bien recibida, incluyéndose de inmediato en el acuerdo Zeta; incluso los firmantes brindaron con tragos de vodka, que solo los sorabos saben destilar. La naciente disposición fue revolucionaria. El método de reconocimiento consistió en escribir en un papel: nombre, unidad, rango, tipo de sangre y religión; el soldado debía prenderla en uno de los bolsillos. Se había resuelto un problema mayúsculo.

El frío había llegado cubriendo con su manto los suelos pedregosos, el sitio se observaba hermoso y apacible, sin embargo, las hostilidades estaban en su máxima tensión. Ninguno de los bandos podía avanzar ni un ápice de su zona de influencia; a pesar de ello, cerca de la celebración navideña vimos ondear dos banderas: una blanca y, la otra, del escudo de la compañía con su medallón de plata y, en su centro, el imponente halcón bicéfalo. Respondimos siguiendo los protocolos de concordia e izamos la bandera blanca y nuestro emblema real de armas de Obrenovic.

Una vez más acompañaba a la comitiva negociadora. Cruzamos la zona neutral a través del bosque, y al llegar se nos propuso una tregua temporal. La suspensión entraría en vigor desde ese instante hasta el amanecer de los siguientes dos días; además, se estableció la zona franca donde se realizaría la celebración navideña entre los contingentes. La tregua fue recibida como una bendición; los soldados, llenos de felicidad, lanzaban sus cascos por el aire mientras otros entonaban villancicos. Como área franca se decidió establecer un claro extendido entre las zonas de control de los beligerantes, donde un enorme pino había sido testigo de los brutales eventos.

Llegada la celebración de nochebuena, la desconfianza se hizo presente en el ambiente, pero los mandos militares rompieron toda suspicacia al intercambiar insignias oficiales. Las botellas de vodka pasaron de mano en mano en plena hermandad, animando a los combatientes al canto y al jolgorio. El gran pino fue adornado con luces fluorescentes de rescate, y el succulento banquete de ciervo y perdices silvestres fue consagrado por un obispo ortodoxo, sin

incomodar a los católicos. La festividad decembrina había transcurrido en completa serenidad.

Al término del acuerdo, ambos bandos ocuparon sus puestos, no sin antes despedirse con melancolía de sus contrincantes. A la mañana siguiente, bajo un día resplandeciente, un silencio de unión reinaba en la comarca; únicamente era posible escuchar el paso del viento, acariciando las ramas de los árboles y el alborozo de las aves. De repente, uno a uno de los soldados, hasta ser todos, abandonamos nuestras posiciones sin importarnos nada, arrojábamos al paso las armas y arrancamos nuestros emblemas. La compañía completa dio la espalda y abandonó la línea de fuego, hasta sentirnos libres y reconciliados con nosotros mismos. Tiempo después, supe con gran regocijo que nuestros hermanos enemigos habían realizado el mismo acto valeroso.